

Testimonios sobre Arreola

Juan José Arreola

Gunther Stapenhorst

Prólogo de José Emilio Pacheco y entrevistas

de Antonio Alatorre y Eduardo Lizalde

Aldus (Festina Lente, 5), México, 2002, 88 págs.

Arturo Cantú

El libro es un pequeño homenaje a la memoria de Arreola. Bien cuidado, cubierto con una hermosa cartulina de solapas anchas, se presenta envuelto en una película de plástico transparente (*retractilado*), dejando ver en la tapa posterior un tarjetón suelto, con un fragmento de "Gunther Stapenhorst", que por el envés, o por el derecho, según se descubre al retirar el plástico, lleva un dibujo de Arreola, el famoso unicornio de su serie de Cuadernos... Adentro, sobre un papel blanco verjurado, la caja de impresión levemente alzada, en un tipo limpio y legible, suficientemente aireado, vienen los textos de Arreola y de Pacheco, y las entrevistas con Alatorre y con Lizalde. Sobre la cubierta, en el cartoncillo grueso de color verde quemado, está impreso en realce, aunque más pequeño, el mismo unicornio; al pie cae bien el sello añoso de Aldus, con el ancla y el delfín. La portada, a tres tintas, reproduce los elementos de la cubierta con el título en rojo y el unicornio ahora en amarillo pálido.

Sin quererlo tal vez, o queriéndolo, el texto de Pacheco y la entrevista de Lizalde son dos justificaciones de la obra de Arreola; el primero por lo que tiene de sorprendente y genial, el segundo como reivindicación de su calidad de "escritor", más que de "estilista". La conversación con Alatorre es una cálida rememoración de una amistad providencial. Pero además están los textos de Arreola, siempre bienvenidos. El relato (¿de 1946?) sobre Gunther Stapenhorst, un arquitecto alemán bajo la égida de Hitler (acaso una recreación, sin Nuremberg, de la biografía de Albert Speer), pareciera anunciar la libérrima errancia de una prosa destinada al juego de las ocurrencias. Y unos fragmentos de novela (según el sumario y la solapa

anterior) que discurren con un ritmo y un lenguaje distantes de la vaga intriga que apenas se insinúa; no parece el texto de una novela, ni de un cuento, ni de una narración, aunque algo hay en él de Arreola, cierto modo de establecer distancia de los acontecimientos, una manera oblicua de contar, que en este caso no se compadecen con el asunto. En una novela se esperaría además un ámbito rico en referencias que definieran un espacio vivido, una sociedad real o imaginaria.

Pacheco cuenta cómo, asombrosamente, Arreola le dictó *Bestiario*, urgido por un compromiso editorial. Se había obligado, por un anticipo indispensable, a entregar un libro con ese tema (para el cual ya existían las ilus-

traciones a punta seca de Héctor Xavier) y no tenía casi nada escrito. A una semana del plazo último Pacheco, convertido en amanuense, lo obliga a dictar. “¿Por cuál empiezo?”, le pregunta Arreola, “Por la cebra”, contesta Pacheco al azar. Tumbado en su catre, con el rostro cubierto por una almohada (tal vez a la manera de Sócrates en su primer discurso del *Fedro*) empezó así su dictado: «La cebra toma en serio su vistosa apariencia, y al saberse rayada, se entigrece. Presa de su enrejado lustroso vive en la cautividad galopante de una libertad mal entendida».

Una “apariencia” que nadie salvo ella tomaría en serio, y una “libertad” desde luego ilusoria. Dos, tres líneas son suficientes para sugerir filosofías sobre el libre albedrío, y para jugar al paso con cárceles galopantes y con presas que se sienten tigres. Armado con una *Sheaffer* de tinta verde, Pacheco copiaba los párrafos que después transcribiría a una máquina *Royal*:

«El gran rinoceronte se detiene. Alza la cabeza. Recula un poco. Gira en redondo y dispara su pieza de artillería. Embiste como ariete, con un solo cuerno de toro blindado, embravecido y cegato, en arranque total de filósofo positivista.»

Uno recuerda algunos profesores de la facultad, y en la imaginación quedan cintilando “ariete”, “toro blindado”, “filósofo positivista”. El rinoceronte ha cobrado la gracia de una danza literaria, y la precisión de una corrida fantasmagórica.

Lizalde, en su entrevista, llama la atención sobre el tratamiento diferente de cada una de las prosas de *Confabulario y Varia invención*, donde los textos no obedecen a un estilo único, sino que brotan del asunto mismo en cada caso. Hacia el final de la charla Arreola explica el origen de algunas líneas difíciles en “Profilaxis”.

En su conversación, Arreola y Alatorre rememoran los trabajos de la primera juventud. En el periódico *El Occidental*, de Guadalajara, en el departamento técnico del Fondo de Cultura Económica, y en El Colegio de México. En el periódico, Arreola como jefe de circulación de un diario que nunca salía a tiempo, y Alatorre como encargado de la “Página del agricultor”, que aparecía los martes; y en El Colegio y el Fondo, como aprendices primero y muy pronto como oficinistas, siempre los más jóvenes y los más adelantados. La plática está llena de anécdotas, de evocaciones, de la alegría de aprender y enseñar, de amistad y de respeto. ❖

Memoria 2000 de El Colegio Nacional

Ramón Xirau (editor responsable), El Colegio Nacional, México, 2000, 447 págs.

Construido como un documento testimonial que recupera, en distintos niveles, la actividad de El Colegio Nacional como un todo, *Memoria 2000* ofrece un espectro de lecturas amplio y generoso. Discursos de



bienvenida a nuevos miembros, como el doctor Luis Felipe Rodríguez Jorge, experto en Astrofísica; artículos de un sinnúmero de miembros, que navegan del ensayo literario (Fernando del Paso y su texto sobre el futurismo italiano), a la complejidad de las moléculas biológicas (Leopoldo García-Colín Sherer). O de la física y la geometría (Octavio Novaro Peñalosa) a la semblanza de Manuel Sandoval Vallarta perfilada por Marcos Moshinsky. O bien del recuento del traslado de los restos de Francisco del Paso y Troncoso, elaborado por Silvio Zavala, al ensayo sobre música y arquitectura de Mario Lavista.

Como es costumbre en las publicaciones que El Colegio Nacional ofrece, se destaca el cuidadoso lenguaje y la pulcritud con que los autores presentan sus escritos, algo que permite que su invaluable trabajo sea accesible para todo aquel que se acerque a sus páginas. Por otra parte, la labor editorial no es menos importante, siendo de un extraordinario nivel el cuidado que los editores han puesto en la conformación, estructura y presentación de los materiales que se incluyen en *Memoria 2000*. ❖